Menéndez y Pelayo

y las letras colombianas

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

Hablo aquí de don Marcelino Menéndez y Pelayo, cumbre del humanismo español, polígrafo eminente, sagaz y erudito investigador, filólogo de primer orden, para quien la lengua y las letras castellanas carecieron de secretos. Columna miliar de la cultura española, al conjuro de su poderosa personalidad, de su vasta capacidad de estudio, de su ingente producción intelectual, la historia literaria y estética de España fue adquiriendo dimensiones hasta entonces insospechadas, al tiempo que merced a su pluma salían a la luz aspectos y circunstancias de su cultura que nadie había entrevisto jamás.

Muchos, antes y después de él, habrán podido quizá igualarle en erudición o en sabiduría. Pero pocos, o ninguno, en perspicacia, en hondura, en esa capacidad de penetrar íntimamente en las cosas y fenómenos de la cultura española, que en forma tan acusada distingue su obra de historiógrafo literario, de crítico y de ensayista. Características que tan visibles son en todas las producciones que surgieron de su mente poderosa y que se advierten sobre todo en aquellas gigantescas realizaciones que son la *Historia de las ideas estéticas en España* y la *Historia de los heterodoxos españoles*.

Pocos, también, podrán alcanzar la magnitud comprensiva, la dilatada facultad que poseía para enseñorearse de los temas —por distintos o difíciles que fueran— y agotar prácticamente la materia propuesta, mediante una previa y luminosa búsqueda investigativa, que en sus manos se convirtió en precioso y

bien manejado instrumento de edificación intelectual, en creadora labor que remataba siempre en uno de sus libros cumbres, como a manera de una sin igual cúpula de ideas.

Esta característica del maestro Menéndez y Pelayo —su solidez investigativa— fue lo que le permitió, unida a su casi inconcebible capacidad de trabajo y a sus geniales facultades mentales, realizar precisamente sus obras en una forma que satisface cualquier exigencia o enjuiciamiento crítico o histórico. Es esa seriedad sistemática en la indagación de las fuentes y en la preparación de los materiales, lo que le presta a sus libros la consistencia científica, ese vigor lógico hasta entonces nunca visto en España. Bien puede decirse, por ello, que Menéndez y Pelayo es el padre de la historiografía cultural en su país. Antes de él, hubo sin duda ilustres y concienzudos investigadores, como —por ejemplo— un Milá y Fontanals, el gran maestro catalán a cuyo lado se formara don Marcelino y a quien debiera en gran parte la inicial estructuración de su personalidad, que luego superaría en mucho a la de aquel. Pero fue el autor de *La ciencia española* quien echó las bases científicas para la realización de cualquier tarea en ese terreno de la investigación literaria. Pues don Marcelino enseñó a estudiar, a investigar disciplinadamente, a buscar puntos de apoyo válidos para la reconstrucción histórica de la cultura española, mediante una labor seria y ponderosa, y no tan solo —como se había venido haciendo— por vía de la fácil improvisación o de la habilidad literaria. Fue él quien extendió a la península los métodos de trabajo, los exigentes procedimientos investigativos de los filósofos e historiadores de la cultura en Alemania, los primeros, sin duda, en convertir en auténtica ciencia literaria lo que hasta entonces había venido siendo pura y simple historia de la literatura. Ese es, tal vez, el principal mérito de Menéndez y Pelayo dentro del panorama cultural de España. O mejor dicho, el más tangible resultado de su colosal aporte: la influencia que ejerció sobre quienes allí se dedicaron a estos difíciles menesteres. Pues su obra constituyó un ejemplo, una viva muestra del valor de la disciplina y del método en la tarea investigativa cuando ella se aplica a las fascinantes cuestiones de la cultura. Las consecuencias de tal ejemplo pueden verse hoy día en la obra de la moderna escuela filológica española, con Menéndez Pidal a la cabeza, cuyos esfuerzos estilísticos continúan hoy jóvenes y eminentes investigadores, guiados por Dámaso Alonso, tras la lamentada desaparición del maestro Amado Alonso.

Pero además de la obvia importancia que para España y los españoles tiene la egregia figura de Menéndez y Pelayo, fuera del evidente valor que su personalidad constituye para la cultura hispánica —y que sobra justificar o considerar aquí— el gran maestro tiene para los hispanoamericanos una significación especial. Pues, al par que Valera, Cejador y Rubio y Llug, fue de los pocos que en España dieron importancia al aporte literario de nuestros países, de los muy contados que volvieron los ojos hacia este lado del Atlántico, para apreciar en su debida importancia la tarea que entonces llevaban a cabo los escritores de América. Y su comprensión, cuando no su elogio —y no solo su mordacidad y su diatriba, como en el caso de tantos otros— estuvieron siempre dispuestos y prontos para aquellas obras de por acá que realmente lo merecían. Fruto de ello son los numerosos ensayos que a escritores de estos países dedicara, o las cartas dirigidas a destacadas personalidades de nuestra cultura que fueron sus fieles corresponsales. Y sobre todo, su penetrante y prolija *Historia de la poesía hispanoamericana*, que reúne los estudios prologales a los diversos tomos de la *Antología de poetas hispanoamericanos* —publicada en 1894 por la Real Academia Española— en donde enjuicia la poesía de todos estos países, con excepción del Paraguay. Además en uno de los proyectos que con más entusiasmo acarició —su nunca realizada *Historia de la literatura española*— tenía el propósito de incluir, como parte muy sustantiva, una *Historia de la literatura hispanoamericana*, que habría de contar con la colaboración muy eficiente de don Miguel Antonio Caro, según lo manifiesta a éste en una de las innumerables cartas que le dirigió, y al cual se refiere nuestro ilustre humanista en una erudita contestación que al polígrafo español enviara desde su reducto santafereño.

Mas si el interés del gran maestro español fue permanente por lo que a la literatura de Hispanoamérica se refería, su especial dedicación a todo lo que tocaba con nuestro país, el efecto singular que puso al estudio de nuestros poetas y escritores, hace de él sin duda —como muy bien lo anota Augusto Toledo— “un benemérito de las letras colombianas”. Nada más justo, por ello, que al celebrarse el primer centenario de su natalicio, Colombia y sus intelectuales —sus gentes cultas todas— conmemoren dignamente esta fausta fecha del espíritu castellano. Pues de ese modo no se hace otra cosa que retribuir en mínima parte el permanente afán, el insistente interés que don Marcelino puso siempre en todo lo que se relacionaba con las letras colombianas.

Pero antes de presentar aquí la forma sagaz y completa como el sabio polígrafo encaró el estudio y enjuiciamiento de nuestra realidad literaria hasta el pasado siglo, precisa aclarar lo que entendemos por “espíritu castellano” y el por qué usamos esta expresión y no otras más de moda o más del agrado de quienes han pretendido darle a algunas de ellas un contenido inaceptable.

El espíritu castellano —que es el verdadero espíritu español— es aquel, al par telúrico, cultural e histórico, que distingue —por encima de cualesquiera otras denominaciones— lo auténticamente característico y valedero que, para nosotros los hispanoamericanos, tiene la Madre Patria. Es aquel lazo supremo, aquella vinculación última e irreductible que liga —no importa las diferencias a las separaciones— a todos aquellos que han tenido su origen en la ardua matriz de Castilla, gestadora de naciones y de pueblos. Es aquel vínculo que a España nos ata, no por azares políticos ni por empresas de imperialismo pseudo-cultural, sino por la sola vía de la sangre y del idioma. De este idioma que para los españoles puede llamarse español, pero que para nosotros los hispanoamericanos seguirá denominándose castellano. Es a este espíritu castellano, y no a resucitadas ideas de “hispanidad”, al único que nosotros —los hombres libres de América— le concedemos personería en nuestras relaciones con España. Pues en él vemos personificado todo lo grato y memorable que España tiene para nosotros. Todo lo que ella ha sido y todo lo que deseamos y esperamos que sea.

Y abocando el tema de esta exposición, entraremos en seguida a considerar el significado que Menéndez y Pelayo tiene para las letras colombianas. Su principal aporte al estudio de nuestra realidad cultural está sin duda contenido en la parte que a Colombia dedicó en su *Historia de la poesía hispanoamericana* que, como ya hemos dicho, inicialmente fue una serie de ensayos que, a manera de prólogos, se incluyeron en los cuatro volúmenes de la *Antología de la poesía hispanoamericana*, publicada por la Real Academia Española. Posteriormente esos prefacios fueron reunidos en una edición especial, con el título arriba mencionado. ¿Qué es lo que Menéndez y Pelayo realiza en las pocas pero sugestivas páginas de estas consideraciones críticas sobre la poesía colombiana? No un escueto recuento de las manifestaciones poéticas en la historia de nuestra literatura hasta el siglo XIX, ni un simple amontonamiento de nombres y

obras, al uso de algunos tratadistas foráneos de nuestras letras. Su estudio no es un mero resumen de nuestra lírica, ni un apresurado cuadro de nuestro aporte poético a la literatura hispanoamericana. Es, sí, un recuento, un resumen, un cuadro. Pero logrado y trazado en forma tan hábil, con tanta competencia y tino críticos, que resulta un ajustado enjuiciamiento de nuestro derrotero cultural en ese género. Y no obstante su propósito poético, a la larga trascendió realmente tal objetivo y resulta por ello enjuiciando otras manifestaciones de nuestra literatura. Nos referimos, por motivos de ordenación metodológica, a los principales temas que allí trata Menéndez y Pelayo.

Como es obvio, su atención inicial se dirige hacia nuestra literatura colonial, cuya pobre entidad poética no tiene otras excepciones que el prolífico e incansable rápsoda de Tunja, don Juan de Castellanos, y el oscuro y extraño don Hernando Domínguez Camargo, el más notable poeta culterano que diera Hispanoamérica. A ellos, por tanto, con algunas justas alusiones a don Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, y a la Madre Castillo, dedica Menéndez y Pelayo sus principales consideraciones en esta primera parte. Pero si bien al beneficiado de Tunja le concede la adecuada importancia, poniendo en su justo sitio estético a las *Elegías*, en cambio al modesto cura de Turmequé si apenas le endilga algunos severos epítetos en relación con lo abstruso y conceptista de sus producciones poéticas, sin hacer ver la trascendencia de su obra dentro del ambiente histórico-literario de su tiempo. No hizo, pues, justicia a Domínguez Camargo el egregio polígrafo castellano, como si la harían posteriormente los jóvenes poetas españoles que incluyeron poesías suyas en el tomo antológico que publicara Gerardo Diego con motivo del tercer centenario de la muerte de Góngora, celebrado en 1927. Porque, no obstante las negativas críticas de Menéndez, nuestro Domínguez Camargo tiene derecho a figurar honrosamente en la historia de la poesía latinoamericana, aunque solo sea por haber escrito aquel maravilloso *Soneto a Guatavita*, que tan acertadamente describe el ambiente de una aldea en nuestros días coloniales.

El segundo tema tratado por don Marcelino en su estudio sobre nuestras letras es el de los poetas de la época revolucionaria. Después de referirse brevemente a don José María Guesso —el Zacarías Geussor de sus elegíacas *Noches*— y al doctor José María Salazar, autor de nuestro primitivo himno, a quien llama

“poeta prosaico”, el maestro Menéndez dispone todas las armas de su temible aparato crítico en un vasto zafarrancho de combate, para realizar una de las ofensivas más tremendas y más injustas de que haya noticia en los anales de nuestra historia literaria. ¿Pero cuál es el fiero enemigo que provoca tan desapa-cibles arremetidas? ¿Cuáles son los vicios que dan lugar a que la serenidad del maestro se venga abajo e incurra en semejante muestra de ira literaria? Pues tan solo el débil y enfermizo don José Fernández Madrid, prócer de Colombia y de sus letras, a quien don Marcelino no perdona el carácter anti-español de sus poesías y le dedica por ello denuestos tales que más parece ser aquello un libelo político que un juicio crítico. Y en tal posición, no se limita simplemente a arrasar con la poesía del vate cartagenero, sino que entra a saco en su honra en forma por demás falta de elegancia, que extraña y no puede menos de sorprender en persona tan ecuánime como don Marcelino. Tal parece, en verdad, que el humanista español no las hubiera tenido todas consigo en materia de ponderación y serenidad, cuando escribió estas acerbos líneas. Por lo demás, hay noticias de que ello le sucedía no pocas veces, como se deduce de cierta carta del señor Caro, en la cual amistosamente censura a Menéndez y Pelayo el que a veces utilice “algunas palabras con cierto sabor de enojo o de burla”, y le expresa que hubiera deseado que fuera “menos orgulloso y más tranquilo en sus contestaciones”.

Esta manera que Menéndez y Pelayo tiene de intratar al cantor de las *Rosas* es tanto más injustificada cuanto que, so pretexto de criticar su obra poética, ofende su memoria en forma grave, haciéndose eco de las peores calumnias que se esgrimieron contra su honor por algunos historiadores del siglo XIX. Menos mal que ya en la segunda edición de la obra, Menéndez inserta una nota donde recoge velas en ese sentido, aludiendo a la obra de don Carlos Martínez Silva —*Biografía de José Fernández Madrid*— donde la memoria del poeta cartagenero se vindica victoriosamente. Igual cosa hace con don Felipe Pérez, a quien inicialmente había acusado de haberse aprovechado sin escrúpulos de trabajos ajenos para la redacción de cierta obra suya, lo que ciertamente resultó ser otro infundio, como el propio Menéndez lo acepta luego.

No hay duda que el juicio del pensador español —en lo que hace a Fernández Madrid— resulta así obnubilado por la pasión nacional. Lo que allí se hace ya no es crítica sino injuria: “Ave

de vuelo rastrero”, le dice, entre otras cosas desafortunadas. Porque si bien es cierto que el autor de *Guatimozín* no fue un poeta de alta inspiración, ni de la calidad y el buen gusto de Olmedo y Bello, es imposible desconocer —aplicando la debida y honrada perspectiva crítica e histórica— el papel que desempeñó en la lírica de nuestra época revolucionaria ni su carácter de precursor —junto con Salazar y Vargas Tejada— del teatro colombiano. Y valga la oportunidad para destacar aquí, haciendo un corto aparte, una observación que al respecto hace en su estudio Menéndez y Pelayo, cuando al referirse a este género dramático dice que las obras de Salazar y de Montalvo fueron “otras de las infelices tentativas del teatro neogranadino, que nunca ha medrado mucho”. Anotación pertinentísima y de una evidencia que la pobre y triste historia de nuestra literatura teatral confirma plenamente. Pero, tomando el hilo del tema, diremos por otra parte, que poetas peores que Fernández Madrid han merecido, si no el elogio, sí al menos la consideración del crítico español. Además, el siglo XVIII español —a cuya inspiración neoclásica obedeció la obra de Madrid— cuenta por lo menos con una media docena de poetas inferiores a este, que no por ello dejan de figurar en las antologías peninsulares.

Si desmesurado es el juicio de Menéndez y Pelayo en lo que hace a Fernández Madrid, cuán atinado y recto es, en cambio, cuando juzga la obra de ese neoclásico retardado que fue don José Joaquín Ortiz, a quien incluye en su estudio —referente solo a poetas desaparecidos— por haber muerto poco tiempo antes de la publicación de ese ensayo. Tal inclusión de última hora se nota, no por el apresuramiento o ligereza en los conceptos —que, muy por el contrario, son de un fundamento innegable— sino por el sitio en que fue incluido. En efecto, en todo estudio de nuestra poesía es preciso considerar a Ortiz antes de los primeros románticos —Caro, Arboleda y Gutiérrez González— no solo por la índole misma de la obra del cantor del Tequendama, de reconocida inspiración neoclásica sino por razones atinentes a lo generacional, ya que Ortiz era —por ejemplo— doce años mayor que Gutiérrez González. Pero Menéndez trata primero a este y deja a aquel de último, en los enjundiosos y extensos párrafos que a estos cuatro poetas capitales de nuestro siglo XIX dedica.

Y aquí sí que brilla el genio crítico de Menéndez y Pelayo. Sus consideraciones sobre esos cuatro líricos son sin duda lo

mejor de su estilo, y difícil será superar el amplio análisis que de sus obras hace. La parte que dedica a Caro, por ejemplo, agota prácticamente la materia. De allí que no nos sorprendamos al ver reproducidos en obras posteriores —muchas veces sin comillas— los mismos juicios y apreciaciones que allí consigna el maestro peninsular. Tan exhaustivos fueron esos conceptos, tan completo el enfoque de esos poetas, que los nuevos ensayistas no han tenido casi nada de nuevo que agregar. Díganlo si no estos apartes que entresacamos: “El alma de Caro —dice— era un volcán que en breve tiempo debía consumirle. Todo lo sentía líricamente, es decir, en un grado máximo de exaltación, concedido a pocos mortales. Su vida se compenetra con sus versos, y sus versos son inseparables de su vida”. Y agrega: “Para nosotros era un genio lírico a quien solo faltó equilibrio en sus facultades y cierta sobriedad en el modo de administrarlas. Su visión de las cosas tenía algo de desproporcionado: su sensibilidad raya en una especie de calentura moral un tanto fatigosa para espíritus moderados; su ardiente bondad le arrastraba a divagaciones de una filantropía nebulosa; el tormento sutil de su razón se comunicaba a sus versos y, finalmente, su seriedad ingénita, el grave modo que tuvo siempre de considerar la vida, la pureza envidiable de su alma, alejaban de su mente, hasta la más remota idea de lo cómico y le hacían de todo punto insensible a ciertas disonancias de gusto”. Y cuando establece los cuatro grandes períodos en la lírica de Caro, que por primera vez identificó y limitó cabalmente, dice cosas como estas: “Este poeta tan audaz en el pensar, tan arrebatado en el sentir, gustaba hasta con exceso de la proporción matemática en la estrofa, y del ritmo preciso y musical en cada verso. De los esfuerzos no siempre victoriosos, que hacía para lograrlo, resulta la dureza, monotonía y falta de flexibilidad de que se le acusa”. Y concluye luego: “Nadie ha expresado en América con tanta vehemencia como él la pasión indomable, reconcentrada y devoradora, ‘aquel amor fogoso, extraño, de español’. Nadie ha afilado como él el hierro de la invectiva política, convirtiéndole en altísimo instrumento de justicia y de vindicta social. Ningún poeta de los nacidos en Indias ha santificado con tan nobles acentos de filosofía religiosa los goces y dolores del hogar, ni ha dicho palabras más elocuentes sobre Dios y la eternidad, sin que el verbo inflamado de la poesía lírica perdiese nada de su calor al contacto de la materia filosófica. Nadie podrá dividir en Caro

el poeta, el filósofo y el hombre: hay que tomarle en su integridad, lo mismo cuando escribía versos que cuando refutaba las enseñanzas del utilitarismo”.

No obstante la precisión de ideas allí contenidas, tal vez pudieran glosarse los párrafos que Menéndez y Pelayo consagra a Caro, por cierto excesivo entusiasmo en los conceptos, por algún desmesurado afán de exaltación que le hacía ver solo perfecciones en la obra del gran romántico de nuestra literatura. A ello debió contribuir en no poca medida la estrecha amistad que le ligaba al hijo del poeta, don Miguel Antonio Caro, hasta el punto de que no tiene reato en afirmar que esta fue la mejor obra de su ilustre padre. De donde se deduce que la crítica comprometida no es cuestión de este siglo.

En cambio, en los juicios que dedica a Arboleda, Gutiérrez González y José Joaquín Ortiz, se observa ya mayor afán de objetividad, de imparcialidad crítica, que llega a su culminación —tal como antes lo expresamos— en la parte relativa a este último, a Ortiz. Todavía en lo referente a Arboleda se nota cierta simpatía por el caudillo, por las ideas del político, que le hace ver perfecciones artísticas en ese horrible libelo en verso que con el título de *Estoy en la cárcel*, escribió en mala hora el bardo payanés. Y en el caso de Gutiérrez González se deja llevar todavía de algún entusiasmo por el romanticismo eglógico y rústico del cantor antioqueño, a cuya *Memoria sobre el cultivo del maíz*, dedica sin embargo muy pertinentes y precisos conceptos, tal como lo había hecho también con su bien logrado análisis del *Gonzalo de Oyón* de Arboleda. Pero en el caso de don José Joaquín Ortiz sí campea ya el puro y frío dominio del enjuiciamiento crítico, sin atenuantes ni agravantes subjetivos. Cosa que, por cierto es digna de nota, pues el disparejo poeta de *La bandera colombiana* ha sido en nuestra literatura una especie de “tabú”, de figura intocada, a quien nadie entre nosotros ha encarado serenamente, en orden a establecer la real valía de su obra, el significado que ella tenga en el conjunto de nuestra lírica. Y esto es lo que hace admirablemente Menéndez y Pelayo. Con el aditamento de que sus opiniones sobre el señor Ortiz —por no ser tan elogiosas— no han sido reproducidas ni copiadas con tanta frecuencia por nuestros flamantes tratadistas, como sí han hecho con las relativas a Caro el viejo. He aquí lo que sobre él dice Menéndez y Pelayo: “Cuando quiso apartarse de ella (de la forma grandilocuente en que se vaciaron sus mejores inspi-

raciones) como en muchas composiciones de sus últimos tiempos, fue para caer en un piadoso pero muy desmañado prosaísmo. Los hábitos vulgares y funestos del periodismo de propaganda, labor muy meritoria sin duda, pero en alto grado pedestre, estropearon aquella mente elevada, le quitaron algo de su serenidad y vigor, le llenaron de escrúpulos nimios, contagiaron su gusto, poniéndole al nivel de su público timorato y asustadizo; y recelando sin duda que la pureza clásica fuese una tentación del demonio, acabó por vestir sus versos de estameña”. Y después de enumerar las cualidades dominantes de Ortiz, “realzadas, dice, por una versificación magnífica y robusta cuando el calor no le abandona”, expresa: “Porque ha de advertirse que es uno de los poetas más desiguales que pueden leerse: capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo del alma; pero incapaz de sostenerse, por falta de gusto o de atención, en la esfera de la noble grandeza en que siempre habita su maestro, hasta cuando parece menos inspirado”. Y agrega: “Cuando tenía que decir algo grande los versos nacían hechos en su cabeza; cuando el pensamiento era débil, oscuro y vulgar, él no conocía artificio alguno para disimularlo, y escribía en estilo de periódico o de libro de educación infantil. Nunca hubo artista menos preocupado de su arte, y por esto es más de admirar que sean tantos y tan frecuentes sus aciertos”.

Hasta aquí, pues, estas notas sobre don Marcelino Menéndez y Pelayo y las letras colombianas. A través de ellas tan solo hemos querido dar una idea de la manera como el ilustre pensador español veía nuestra realidad cultural de entonces, para destacar —en estos días de su centenario— los estrechos nexos que cierta parte de su obra tiene con nuestra literatura. Queden, pues, como testimonio de gratitud colombiana para con el magno polígrafo, cuya valiosa y orientadora obra seguirá brillando como ejemplar luminaria de la cultura de España y de América: la cultura castellana, fruto y producto impar del espíritu castellano, el único que tiene la eficacia de comprender a todas las Españas, las de aquí y las de allá, en una sola y verdadera totalidad sentimental e intelectual.